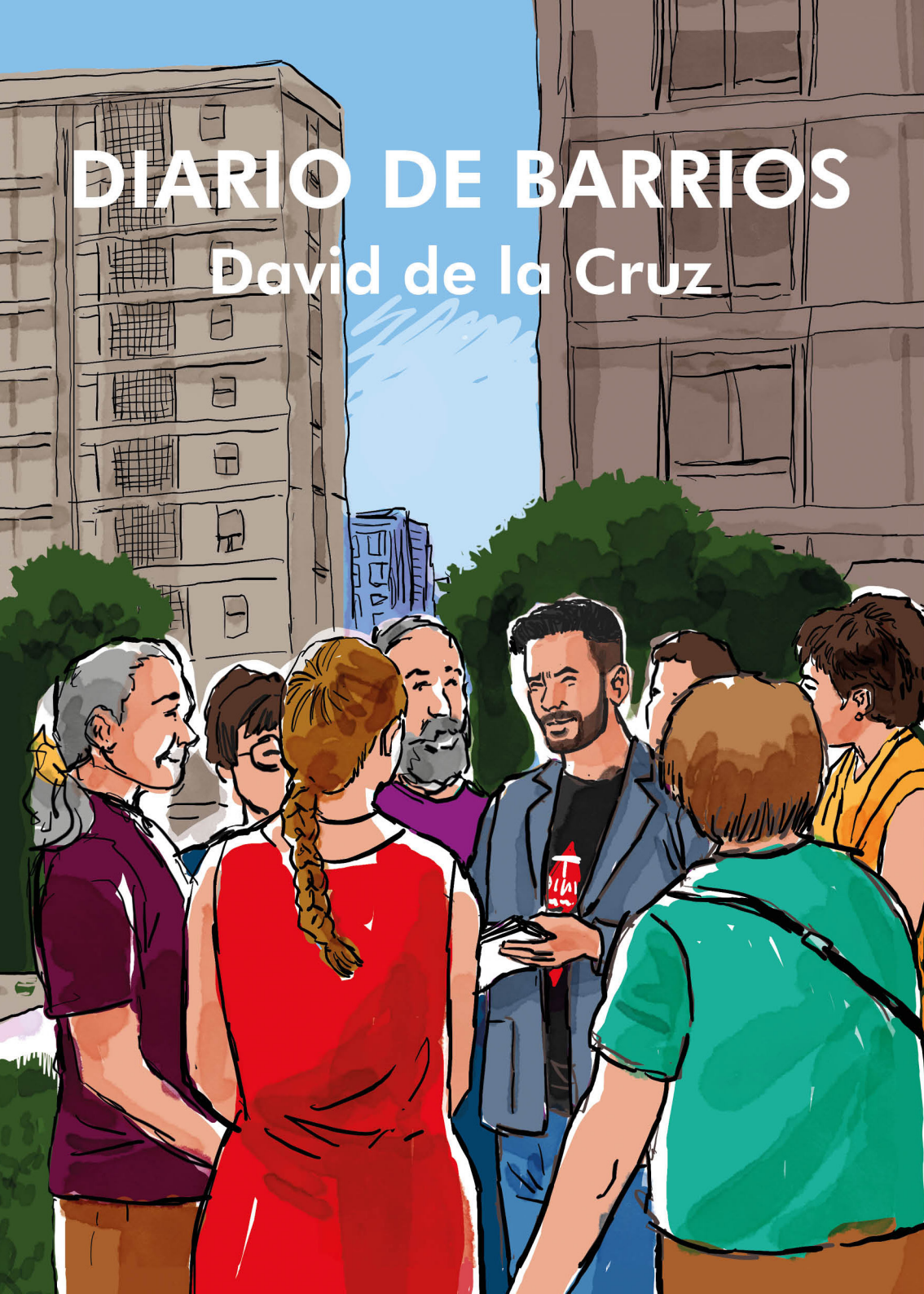


DIARIO DE BARRIOS

David de la Cruz



DIARIO DE BARRIOS

DIARIO DE BARRIOS

David de la Cruz



1ª edición: Mayo, 2023

© de los textos: David de la Cruz González

© de la presente edición: Q-book

Ilustración de portada: Francisco Asencio

Edición no venal

Edita:

Q-book

editorial@qbook.es

ISBN: 978-84-19608-16-1

Depósito legal: CA 205-2023

Impreso en España

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser, ni totalmente ni en parte, reproducido, memorizado en sistemas de archivo o transmitido en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, fotocopiado o cualquier otro sistema, sin la previa autorización de quien ostenta los derechos de autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Se tarda mucho en saber
que eres más una ciudad
que una persona

Fernando QUIÑONES

ÍNDICE

PRÓLOGO

Teresa Rodríguez 13

SANTA MARÍA

Barrio de resistencia 17

SEGUNDA AGUADA

El barrio de las miles de gente 21

GUILLÉN MORENO

La rebeldía solidaria 25

EL PÓPULO

Donde comienza el mundo 31

LA VIÑA

El barrio de vocación popular..... 35

ASTILLEROS

El joven barrio de Astilleros 39

LORETO

Y los mil muros que derribó en su camino 43

10 DIARIO DE BARRIOS

PASEO MARÍTIMO

El Paseo de toda la gente 49

EL MENTIDERO

Punto de encuentro entre su cruz y el cante... 51

PUNTALES

Donde asoma la ciudad..... 55

LA LAGUNA

Entre música y pintura..... 59

CÁDIZ CENTRO

Entre barrios con identidad propia 63

BAHÍA BLANCA

El barrio que nació para ser distinto 67

CERRO DEL MORO

El barrio al que nunca le regalaron nada 71

SAN JUAN

Entre leyendas y primera puerta al mar..... 75

BARRIADA

La mil viviendas de la paz..... 79

SAN SEVERIANO

El barrio que nació de la Explosión 85

11 ÍNDICE

TRILLE

Rincones gaditanos y del cante 89

SAN CARLOS

La balastrada sobre el océano 93

EL BALÓN

Un barrio cargado de futuro 97

SAN JOSÉ

El barrio rebelde de San José 101

CORTADURA

Puerta de la ciudad al continente 107

AVECREM

Un barrio por cicatrizar 111

PRÓLOGO

Teresa Rodríguez

Me encanta ver a un alcalde con una libreta. Este *Diario de barrios* es el resultado de un circuito hermoso de conocimiento profundo, de amor y de compromiso con el pueblo de Cádiz en su propio hábitat: sus barrios. Desde Cortadura, Puntales y Loreto hasta La Viña y el Mentidero, de punta a punta, de fuera a dentro, de arriba a abajo. Lejos de las odiosas visitas de compromiso, con sus fotos ceremoniales y sus titulares con compromisos improvisados, da gusto leer este diario en el que David de la Cruz demuestra y pretende un conocimiento profundo de la historia (y las historias), la realidad y la idiosincrasia de cada barrio (y barriada) de nuestra ciudad. En estas páginas baja varios metros de la superficie.

No encontrará el lector una loa vacía y cursilona de los rincones de sus calles con encanto sino un análisis profundo de la sociología barrial, resultado de siglos de segregación económica y urbanística que hay que corregir con políticas

concretas y que a lo largo de todo el diario va dibujando nuestro candidato andalucista (y, sobre todo, gaditanista). El objetivo: conseguir que cualquiera que nazca en Cádiz tenga las mismas oportunidades de ser feliz en la vida, sea cual sea su código postal. Y eso, señores y señoras, no es nada fácil, y es que en Cádiz hace tiempo que se nos estropeó el ascensor social.

Pero no solo de pan vive el hombre y David nos habla de muchas más cosas que de la igualdad social: el derecho a servicios públicos iguales, a orientar las inversiones no como un foco que sólo ilumina el centro para malvenderse al turismo, sino que entiende que el 1 (qué casualidad que es precisamente el 1 el autobús de «la Avenida») y el 3 deben funcionar con la misma regularidad, puntualidad y prestaciones, o que el parque de la Plaza Asdrúbal tiene que estar tan cuidado como el de San Mateo. La necesidad de zonas verdes, bancos, parques, zonas peatonales y de juego completan una visión sobre nuestra ciudad que piense en la salud y la felicidad de sus habitantes y del planeta, que piense no solo en los gaditanos y gaditanas de hoy sino en las siguientes generaciones.

Alcaldes con cuaderno. Cuadernos para anotar los problemas, las reflexiones y las propuestas de futuro pero también los saberes que atesoran las personas que viven en esos barrios, las soluciones en las que llevan años pensando y trabajando, desde el movimiento vecinal, desde el café de la mañana en el bar de siempre y desde las cocinas que huelen a puchero y papas con chocos.

No, el alumbrado navideño no nos obsesiona, los barrios sí.

SANTA MARÍA

Barrio de resistencia

Está escrito en la historia que el barrio de Santa María surgió cuando la villa medieval que era Cádiz por entonces comenzó a desbordarse allá por el siglo xv, pero en realidad, quienes conocen sus entrañas aseguran que nació para resistir. Para echarse la ciudad sobre los hombros, para ser ejemplo cuando venían mal dadas.

Fue resistencia, desde sus azoteas, durante semanas después del golpe de Estado en el verano del 36. Cuando republicanos y anarquistas vencidos en números, armas y efectivos seguían disparando desde lo alto de los patios de vecinas y vecinos que dan vida a las calles serpenteadas y estrechas. Santa María nunca terminó de doblegarse en toda la dictadura. En sus esquinas, y a oscuras, siguió el deseo y las ansias de vencer a la opresión.

Fue resistencia el flamenco, lo gitano, la jarana y lo prohibido. Cuando no había títulos nobles de

Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, cuando se miraban los diversos palos por encima del hombro y el Mellizo y la Perla dignificaban un arte que no tuvo reconocimiento hasta mucho tiempo después.

Fue resistencia a finales de los 80 y principios de los 90, en aquel contexto en el que le concedieron el estigma y el título de principal mercado de la droga. Recuerdo una tarde, justo una, cuando fui a visitar a mis primos. Bajamos a jugar a la pelota en la pequeña plazoleta que se forma a los pies de Teniente Andújar. El balón se quedó atrapado debajo de un coche y cuando fui a cogerlo me encontré con un reguero de jeringuillas. Un reguero de jeringuillas que se amontonaba en cualquier portal, en cualquier rincón, entre jóvenes de cuerpos enjutos que habían caído en el veneno y no sabían –ni podían– salir de él. Las madres de Santa María lucharon, salieron a la calle, señalaron a quienes se llenaban los bolsillos de la desgracia ajena y a costa de romper las ilusiones. Guardias vecinales. Día y noche. Al estilo de los rondas campesinas de Perú. Recuperaron su barrio.

Fue resistencia mi tía, que vivía en la calle Público a la orilla de la Merced, en los últimos meses de su enfermedad. Agarrada de mi brazo, del de

mi madre, sus hermanas o sus hijas, caminaba hasta el Nazareno cada viernes por la mañana y escalaba hasta la Catedral Vieja, al Medinaceli, por la tarde, pese a los dolores y los pasos lentos.

Fue resistencia a la infravivienda y el hambre. Hasta 127 puntales se llegaron a contar en un patio donde, sin embargo, nunca faltaba la olla de comida de manera comunitaria y compartida.

Hoy Santa María no quiere resistir, quiere soñar, quiere vivir. Sin perder su esencia. Sin dejar de mirar de reojo a los viejos fantasmas del pasado que a veces sobrevuelan. Y se han hecho cosas, se ha puesto lo importante en el centro, como la nueva finca de Santa María 10, la potenciación del Centro de Arte Flamenco de la Merced o la que se está desarrollando en Botica para alquiler social.

Pero falta. Falta que la Junta se comprometa y erradique de una vez toda la infravivienda y los solares vacíos del barrio, faltan equipaciones, instalaciones deportivas, zonas verdes y de ocio donde la infancia juegue y conquistar derechos que lleguen allí donde se excluye lo que es esencial para la dignidad y la vida por cuestiones de dinero. Falta, a veces alegría, «sobre todo

por las tardes», cuentan sus comerciantes que conforman el tejido local, que han sobrevivido a una pandemia y tienen hambre y ambición por las calles y la gente de Santa María.

Pero se hará, se conseguirá, se abrirá el Campo del Sur por las tardes, se llenará de ilusiones, se seguirá luchando por el barrio.

Por todo el barrio. Sin exclusiones. Porque Santa María aprendió con la experiencia a resistir y nunca dejó de soñar y exigir lo que es suyo por legítimo derecho.

SEGUNDA AGUADA

El barrio de las miles de gente

Segunda Aguada atesora el extraño honor de ser una de las zonas más densamente pobladas de Europa. Y hay incluso (hago un inciso) quien considera que la solución es construir rascacielos allí donde termina el barrio. Ocurrencias aparte, se trata de un lugar eminentemente obrero, uno de los polos industriales históricos durante la Revolución Industrial, de familias sencillas, currentes, que en muchos casos se instalaron en los enormes bloques de hormigón en los primeros coletazos de la democracia. Además de todo ello, Segunda Aguada es mi barrio.

Un espacio de carreteras, cemento y bloques enormes de colores que distinguen y limitan las comunidades. Azul, blanco y celeste para La Curva, verde en San Mateo, marrón en La Cave. Y dentro, en las entrañas de los montones de ladrillos que conforman los hogares como colmenas, se desarrolla la vida. También la

infancia, que busca vericuetos y rincones para esparcirse, liberarse, para reír y ser feliz.

Pregúntale a quien fuera niño o niña allí. Te contará que en las entreplantas y las macetillas servían como estadios para los partidos de tapones, como escondites improvisados o, simplemente, como lugares de socialización: juegos de mesas, pachangas con pelotas de trapos y charlas. Muchas charlas. Todo ello con el cuidado correspondiente a la hora de la siesta, conviviendo con las quejas de vecinos y vecinas y esquivando la riña.

Con el tiempo he llegado a la conclusión de que las macetillas, las entreplantas y las escaleras se trataban de trincheras de resistencia, de una virtud nacida de la necesidad. Porque en Segunda Aguada, con una gasolinera incrustada en su corazón, circulaban camiones en un tráfico constante, y sus plazas y plazoletas –en las que apenas existen zonas verdes o arbolado y los que existen se encuentran privatizados– están presididas por carteles enormes donde se prohíben los juegos de pelota.

La organización y la lucha vecinal han traído conquistas. La más notable vino con el nuevo

gobierno municipal: que la carretera que la atraviesa de punta a punta dejara de ser industrial y, con ello, no pudieran circular camiones de carga por esas vías de rutina que cruza constantemente la gente para las tareas diarias. De esa victoria nació su asociación vecinal, que hoy es referente en la ciudad por esa visión inclusiva y diversa que tiene del mundo. A aquel logro se suman otros: un parque infantil, carril bici, el nombre rotulado de Pedro Payán en una de sus plazoletas o la ampliación de las aceras de algunas de sus calles.

Pero queda. Existen necesidades por cubrir y por cumplir en una barriada que no cuenta ni con un centro propio de salud. Lo explica Antonio Peinado, presidente de la Asociación de Vecinos, que echa en falta sobre todo zonas de esparcimiento, de convivencia, de naturaleza e inclusión. A los pies de La Curva, un día caluroso de agosto, pueden concentrarse hasta cinco o seis grados más de diferencia que en otros puntos de la ciudad donde en vez del alquitrán crece la vida y el verde. Fíjense lo que implica en estos veranos de emergencia climática y temperaturas más extremas. Fíjense lo que implica en una población que envejece y necesita cuidados.

Segunda Aguada necesita menos barreras arquitectónicas y más lugares para el paseo y la convivencia, quiere su colegio público abierto por las tardes y una existencia –que comienza en la infancia– más bonita y sencilla. Una existencia en las calles, en las plazas, en los patios y sus aceras y no en lo recóndito y el interior de nuestros bloques de hormigón que conforman su silueta y también su alma. Segunda Aguada necesita que sus miles de gente no sólo vivan en el barrio, sino que también lo vivan.

GUILLÉN MORENO

La rebeldía solidaria

Cuando el franquismo bautizó al barrio de Guillén Moreno con el nombre de un gobernador civil del régimen, lo último que esperaba es que con el paso de las décadas su asociación vecinal llevara el título de Fermín Salvochea. Y, por si fuera poco, luciera los colores de la tricolor republicana en cada escudo, en cada camiseta de sus equipos deportivos y en toda la simbología que acompaña a esta asociación vecinal.

Porque Guillén Moreno nació rebelde, pero también solidario. Nació luchador, pero con conciencia de clase. Se construyó a la orilla de una carretera industrial que servía como eje de los barrios obreros. Un espacio donde había que realojar a mansalva a familias provenientes de otras zonas de la ciudad. Familias trabajadoras, de la industria naval o la aeronáutica principalmente. Unos sectores donde las diferentes reconversiones golpearon con fuerza, despidiendo, precarizando

y llevando a la incertidumbre a tantos gaditanos que hasta entonces vivían con la tranquilidad del empleo estable.

Así creció y se desarrolló esa amalgama de bloques de hormigón y ladrillos que se extienden hacia el cielo hasta casi rozarse. Unos edificios de cordeles con ropa tendida, vecinas en los portales y olor a guiso que se escapa de las ventanas. Barrio de saliva y sangre. Barrio real y de verdad que aprendió a sobrevivir a cada reverso de las décadas. Tuvo que sobrevivir a la sangría de los Astilleros que dejó los diques tiritando por culpa del PSOE de Felipe González. Tuvo que sobrevivir a la heroína, a las jeringuillas en las escaleras, a algún asesinato macabro y al estigma. Sobre todo al estigma que siempre persiguió a la zona. Un estigma que, como en la mayoría de los casos, es injusto y nunca se ajustó a la verdad.

Porque las zonas deprimidas no nacen nunca por culpa de su gente, sino por los condicionantes sociales y las decisiones políticas que lastran y niegan el futuro. Y eso carga sobre sus espaldas un Guillén Moreno que, pese a ello, siempre peleó. Peleó para sí, pero también para Cádiz y para toda la Bahía. Allí fue la historia que quedó como leyenda en las manifestaciones del metal de

los 90. Los antidisturbios cargando, los currantes resistiendo y defendiendo sus derechos. Y una lavadora desde el balcón contra los agentes que intentaban frenar con sus porras a unos padres de familia que luchaban por el pan.

Guillén Moreno, el barrio de los estigmas, pero también del arte y el deporte. Que pregunten por María Moreno, por Serrano Cueto o por Begoña García. Un barrio familiar, cercano, solidario, que exigió que el nombre de su farmacéutico quedara grabado en su historia, en sus paredes y su callejero. Y mientras en el Ayuntamiento nos perdíamos en mil trámites burocráticos, sus vecinos pusieron por su propia cuenta el rótulo del farmacéutico sin necesidad ni de institución ni de nadie.

Guillén Moreno, barrio de convivencia. Allí donde las vecinas sacan sus sillas de playa al portal y hacen un círculo de charla y carcajadas en las noches cortas de verano. Allí donde los vecinos salen a pecho descubierto cuando hay que defender al otro. Recuerdo una mañana de marzo de 2014, aquel año en Cádiz se produjeron 282 desahucios. Repito la cifra, 282 desahucios. Familias, rostros y madres rotas. Ese día, mientras trabajaba como plumilla, subí hasta

el hogar de una de esas jóvenes, con tres hijos, a la que echaban a la calle. A los pies de su edificio se amontonó el barrio entero. Un cordón humano no dejó pasar a la policía y aplazó aquel lanzamiento. Por entonces, no existía el protocolo antidesahucios que se puso en marcha con el cambio de Alcaldía.

Y aunque queda mucho por hacer, a aquel protocolo antidesahucios le siguieron otras conquistas para el barrio: la reapertura del Polideportivo Francisco Blanca, que cerró fruto de la especulación del ladrillo en los años del PP; la obra urbanística de la transversal, que conecta la ciudad y concluyó por fin el Segundo Puente; más de dos millones de euros de inversión en el arreglo del parque público de viviendas de hasta once edificios; la mejora del alumbrado viario; la ludoteca de la Biblioteca Adolfo Suárez; el parque canino o la inauguración, por legítimo derecho, de la calle Alfredo Díaz.

Mejoras conseguidas, pero también las que faltan en un distrito donde no crece el verde y sus plazas son duras y de cemento. Donde faltan zonas de esparcimiento, donde la salud mental o bucodental son inaccesibles pese a la urgente necesidad. Un barrio que lo exigirá, que peleará

y luchará por lo que es suyo y de los demás. Y si no se lo conceden, ten por seguro, que entonces lo conquistarán. Porque están acostumbrados. Porque la experiencia y la razón juegan de su parte.

EL PÓPULO

Donde comienza el mundo

Tres arcos: La Rosa, Los Blancos y El Pópulo. Un teatro romano. La Casa del Almirante. Adoquines que se pierden en los confines del tiempo. Una catedral vieja. A la orilla, una nueva. Vestigios de historia: fenicia, romana, medieval, también judía, esclavista y negra. También. Pese a que intenten borrarlo. La mirada al océano desde las torres miradores con el deseo de llegar hasta la otra orilla del Atlántico. Y en una de sus esquinas, colgado entre sus paredes —en el Bar El Malagueño—, un mosaico de su Cristo de El Perdón junto al que ondea una bandera arcoiris. Una imagen que criticaron, rechazaron y lapidaron los inquisidores de la moral. Y pese a ello, allí se quedaron ambos, el Nazareno y el pendón de colores, conviviendo para siempre. Porque tanto han visto sus calles estrechas a lo largo de los siglos, y hasta los milenios, que sus vecinos saben que todo cabe, que nada sobra... Excepto el odio.

El Pópulo es el barrio más antiguo de Europa, donde comienza Cádiz y también el mundo. Más de tres mil años de asentamientos ininterrumpidos. El primer núcleo de la ciudad que le debe su nombre al cuadro de una virgen instalado en una puerta de las murallas en el siglo XVI. A los pies de la imagen se podía leer: «Ora pro populo». Un barrio que sobrevivió a civilizaciones, a la infravivienda, a la exclusión, a la represión fascista, a la pobreza y a la década de los 80, donde golpeó la droga con una violencia desmedida. Una época en la que el miedo y la inseguridad impedían hasta cruzar sus arcos.

El Pópulo, entre lumpen y portuario, de luces rojas y pasillos secretos. De marineros, estibadores, artistas, vedettes, prostitutas, callejones, alternancia y solidaridad. El Pópulo, un barrio del que tanto se ha escrito en los libros que yo prefiero recordar retales de lo que me contó mi padre a lo largo de su vida.

El Santi, arribita del Pay-Pay, patio de vecinos justo en la calle Mesón. Mi abuelo que perdió el dedo en la estiba, uno de mis tíos que hacía de pimpi con los barcos venidos del extranjero. «Look and do it?», le dijo un capitán de navío a uno de esos pimpis para que le vigilara y nadie robara la

mercancía durante su estancia en tierra. «Yo me quedo al linquindoí», respondió. Y así se quedó para siempre aquella palabra tan nuestra y tan mestiza.

El Pópulo de mi padre, necesitado del contrabando, de la leche en polvo de los americanos, del catolicismo rancio, de la alegría del Pay-Pay, del olor a sal en la calle Silencio. El Pópulo donde de pronto, en un hogar cualquiera, puedes encontrar un resquicio medieval. El Pópulo del movimiento vecinal, de mi querido Antonio el Malagueño, Pedro, El Seblón y comités vecinales. Quienes dieron la cara, quienes lucharon, se organizaron y sacaron adelante esta zona de la ciudad. Y aún hoy continúan la pelea, porque su barrio es parte irrenunciable de su existencia.

Un barrio reinventado, transformado, que ha pasado de la infravivienda a la inaccesibilidad por los apartamentos turísticos. Un barrio donde invadió la turistificación y hubo que frenarla con una ordenanza que regulara y permitiera la convivencia entre visitantes y autóctonos. Un barrio que espera que la Junta apueste de una vez por una de las mayores joyas patrimoniales de Europa: el teatro romano. «Que lo señalicen, que lo pongan bonito, que le den el sitio que merece.»

También el Arco de Los Blancos: «Mira que lo hemos requerido veces y no nos hacen caso».

Un Pópulo que espera que el Gobierno central ponga coto por fin al precio de los alquileres. Entretanto, no renuncia al conocimiento, al ocio, a la actividad y, sobre todo, a su identidad. Porque todo cabe, porque nada sobra... excepto el odio.

El Pópulo de noches largas, de madrugadas eternas, de currantes, de gente humilde y solidaria, de ilegales, de la fiesta del orgullo, del mercado andalusí. Culturas y convivencia que se deben proteger.

El Pópulo por el que paseo de la mano con mi hijo, y cuando cruzo el Pay-Pay le señalo el balcón del primer piso. «Allí nació el Lalo» y él, que lo recuerda igual que ayer, sonrío con el impulso de subir al tiempo que, irremediabilmente, siente también suyo ese barrio. Ese rincón de la historia del mundo.

LA VIÑA

El barrio de vocación popular

En cualquiera de los patios de vecinos de La Palma o en el propio suyo de San Nicolás, calle que ahora lleva por nombre a las artistas la Petróleo y la Salvaora, se hacía un hueco mi madre, muy niña, para escuchar la agrupación que aquel año había escrito Paco Alba. Ella recuerda especialmente dos: Corrusquillo Gaditano y Los Julianes. Y aquella letra: «Aquí se puso el Non Plus Ultra, que traducido resulta después de Cádiz ¡ni hablar!». Porque allí, en los patios de vecinos del barrio o en las entrañas de sus lavaderos, se desarrolló siempre la vida –en el sentido más amplio de la palabra– del barrio más reconocido de toda la ciudad.

Jugaban a los cromos, cantaban villancicos o Carnaval, tomaban el fresco, charlaban y, cuando apretaba el pellizco en el estómago, hasta se colaban en la cochera que había junto a la iglesia de La Palma y robaban las algarrobas de los

caballos que templaban las ansias y disimulaban la miseria.

Porque La Viña nació cuando no quedó más remedio. Quedaba lejos del puerto. Por eso, los cargadores a Indias y la burguesía excluyeron aquella zona para establecerse. En lugar de las fincas señoriales y las casas palacios de la época esplendorosa, por su terreno se extendía el cultivo de la vid. De allí viene su nombre. De su origen. De lo que fue. Hasta que allá por el siglo XVIII, el crecimiento demográfico hizo que se establecieran las clases populares. Gente humilde. Gente sencilla. Que hizo de lo colectivo y la comunidad la forma de estar en el mundo.

La Viña ha sobrevivido a la pobreza, a la infravivienda (que aún sigue), a la droga y hasta a un maremoto. El de Lisboa. Que se coló sin avisar una mañana de noviembre de 1755 y fue tanta la violencia del Atlántico que sus aguas llegaron hasta Sagasta. Los primeros en perder la vida fueron nueve marineros.

Marineros y La Viña. Dos palabras que van unidas. Dos identidades que se entrecruzan. Un origen popular que ni quiere ni nunca dejó de serlo. El pescado fresco. Y una conclusión a la que

llegan siempre mi madre y sus hermanas cuando se ponen a charlar y llegan los recuerdos: «La de hambre que nos han quitado a nosotras las caballas».

La Viña. Las caballas. Los mostradores. El olor de La Caleta. Las cuentas a final de mes. Sus mujeres. Mujeres de acero. La lucha constante por mantener un barrio. La pelea desde una salida feminista y matriarcal. La Viña. Sus mujeres. La tolerancia. La diversidad y la inclusión: «A mí siempre me han querido mucho. Anda que no he estado yo bien siempre en mi barrio», dice la Tete o la Petróleo o como quieran decirle que ella responde, que ella grita, charla y comparte memorias en su calle de La Palma.

La Viña. El inconformismo innegociable, la pelea inexorable. Mis admirables Conchi, Chari, Maripaz o María José. Que se dejan la piel por las familias en exclusión, pero también por la recuperación de Valcárcel, que debe ser ya universitaria. Mujeres que afrontan con inclusión el sinhogarismo, pero también critican la turistificación de un barrio. Mujeres que pelean por una sociedad más bonita «y feminista», repiten constantemente.

Y se han hecho cosas: una ordenanza para

frenar unos apartamentos turísticos que estaban arrasando con los patios de vecinos, viviendas en la calle Cruz, el Plan Bajemos a la Calle para romper el aislamiento social de los mayores, las zonas de estacionamiento regulado o una demanda histórica como eran las mejoras en la red de saneamiento para evitar las inundaciones.

Pero quedan, como el estanque de tormentas que iría en una renovada plaza que lleva el nombre de Manolo Santander. Un espacio, que junto a la apertura de Santa Teresa por la tarde, se convertirá en lugar para la infancia. Y Valcárcel, sobre todo Valcárcel, que se entrelaza con su barrio en los orígenes del tiempo y sueña con ser universitaria.

Promesas que llegarán. Palabras que cumplirá para mejorar un barrio que, aunque vengan maremos de especulación o del Atlántico, nunca dejará de ser La Viña de la Cuqui y sus cinco hermanas, de la Conchi y sus mujeres, de mi vecina Pepa, de Anabel Rivera, la Petróleo, Tamara, las Villar, Leo y tantas otras –históricas o anónimas– que conformaron, construyen y dan sentido y alma al rincón más gaditano del mundo.

ASTILLEROS

El joven barrio de Astilleros

Desde uno de sus paseos pegado al mar, justo donde empieza el parque de Celestino Mutis, se puede contemplar el pasado y el futuro del barrio de Astilleros. El pasado porque viene de ahí, de la factoría naval, del andamio, los barcos, trabajadores, bocinas, olor a metal y tajo. De aquel enorme pórtico que derribaron quién sabe por qué motivo para construir esa porción de núcleo urbano. De aquel símbolo que pudo quedarse a vivir y que aún resuena la detonación en los oídos. También, se contempla el futuro. Porque cualquier horizonte que dibuje esta ciudad tiene que ser junto a su industria. No hay mañana que no pase por un empleo verde, sostenible, sostenido, digno y estable. Por eso, desde la balaustrada de aluminio del joven barrio de Astilleros se asoma el pasado, pero también se vislumbra lo que tiene que llegar.

Nació hace apenas un cuarto de siglo sobre

lo que otrora fuera parte de los terrenos de la factoría naval. La última extensión de Cádiz. Más de cinco mil vecinos que habitan entre El Corte Inglés –que lo aísla al tiempo que sirve de foco de atracción–, la Escuela de Arte, una zona verde, el océano y, con el tiempo, el segundo puente. Un barrio obrero de vida en el interior pese a la hilera de locales en su avenida principal donde conviven los que se encuentran abiertos con los que se cerraron por culpa de la estrategia despiadada de las multinacionales y los elevados precios de los alquileres especulativos. Porque en sus plazas, en sus calles y en sus aceras conviven cafeterías, juegos de infancia, comercio de cercanía y negocios locales que dotan de servicios y, sobre todo, de personalidad.

Porque Astilleros tiene alma y tiene vida. Plazas de niños y niñas jugando, vecinas en las terrazas, parque, piscina y la zona del Celestino Mutis. No ha sido fácil. Que le pregunten a su gente, que se entrevisten con Pepe Gaviño, con un compromiso inquebrantable con las personas que acuden al local de la asociación, o que se lo digan a los familiares de Luis Arenal, primer presidente de vecinos, que se dejó la piel reivindicando y exigiendo mejoras en el barrio y lugares habitables

con sombras, bancos y donde prolongar la estancia.

Lo consiguieron. Perseverancia, colectividad y constancia para que se entendiera que el barrio más joven de Cádiz no podía sentirse envejecido.

Recuerdo una mañana de los 90, los nervios, la incertidumbre, el ansia y el deseo. Mi padre que entraba por la puerta, mis hermanos que esperaban en el salón. Entonces la noticia de que podían acceder a la cooperativa portuaria para comprar las viviendas que se construirían en una esquina de la calle América. Por eso, a través de los ojos de mis sobrinos y sobrinas fui viendo la evolución de aquel rincón que fuera factoría mientras ellos y ellas también crecían.

Primero el segundo puente, abierto en septiembre del 2015. Y ya, en enero de 2022, la inauguración de la avenida transversal que conecta de punta a punta de mar, que da una salida a Astilleros, que lo termina de integrar en el resto de la ciudad. Hace muy poquito, además, se enlazó también a través del carril bici, se elevaron los pasos de peatones para convertirlo en un espacio más seguro y accesible. Además, se reforzó el mobiliario urbano al tiempo que se

mejoraba la red de suministros y alcantarillado, así como la limpieza y el mantenimiento de la zona verde de Celestino Mutis, que se ha visto mejorada con el nuevo pliego de parques y jardines.

Sin embargo, el barrio joven de Cádiz tiene un problema que es también generacional: el elevado precio de los alquileres en los locales comerciales del exterior que los convierte en inaccesibles. Una realidad que deben afrontar los gobiernos autonómico y estatal regulando de una vez lo que hoy es únicamente especulación. Además, aguarda un parque de calistenia, de deporte al aire libre, que ya se encuentra aprobado y pronto será una realidad. Así como una bolsa de aparcamientos para residentes justo enfrente del Parque de Bomberos. Cuestión de apenas meses. También otros detalles, como plantea Gaviño, la posibilidad de un pequeño huerto urbano. Porque Astilleros, el barrio joven, quiere seguir siéndolo y para ello desde su balaustrada se asoma al futuro mientras tiene presente el ahora y su pasado.

LORETO

Y los mil muros que derribó en su camino

Hay barrios que nacen antes de que se hagan, que tienen que construir no sólo sus edificios, sino también su futuro. Barrios, que lejos de las urbanizaciones de lujo, tienen que pelear por lo más básico de la vida: un colegio, una plaza pública o un centro de salud. Loreto es uno de esos barrios que ha luchado hasta por el suministro de agua.

Nació al calor de la industria aeronáutica, de ahí que lleve por nombre la patrona de la aviación. Un rincón acordonado, rodeado de muros por Zona Franca, el Campillo y la vía del tren. Un espacio aislado, que sufrió carencias y hasta inundaciones. «La Venecia gaditana», le llamaban, imagínense sus calles. Un Loreto que con las manos de sus vecinos agujereó las vallas de cemento que lo separaban del mundo para que los niños pudieran acudir como rutina cada mañana a la escuela.

Loreto. Una plaza pública como epicentro. Cadismo desde la pasarela que conectaba con el Estadio. Carnaval y chirigota clásica. Loreto, de raíces currantes, emigrantes retornados y de presente trabajador. En los cimientos del primer portal de Infante de Orleans se oculta un diario y unas pesetas de entonces que anunciaban la inauguración de un barrio que tuvo como primeros residentes a obreros del Instituto Nacional de la Industria.

Loreto. Muro que lo separa de Puntales. Muro que lo separa de la Zona Franca. Muro que lo separa del Cerro del Moro. También, la vía del tren, que no le deja ver el mar. Vallas. Muros. Y un movimiento vecinal que derribó a cada uno de ellos.

Loreto. Verano del 2014. Una vecina que avisa en la Plaza de la Fuente: «El agua huele y sale rara». Un Ayuntamiento que obvia las reclamaciones, que le quita la razón, que ningunea las demandas de la gente. Mentiras y excusas. Y un corte en el suministro que se prolonga más de una semana. Entonces, regresan las movilizaciones, las de tantas conquistas a sus espaldas, y cortan las avenidas para que actúen. Presionan y exigen transparencia. De ahí se descubre que el dinero público que debió invertirse en las redes de

saneamiento se derrochaba para mayor gloria del Teofilato gaditano.

Loreto. Un barrio con sentimiento de identidad. Rebosa trañín su plazoleta cualquier día a mitad de la mañana. Bares, establecimientos, frutería, la farmacia –siempre presente– y movimiento de gente que se saluda por sus nombres. Qué bonito, que en la vorágine del individualismo, en las calles de ese barrio los buenos días vengan acompañados de preocupación y cuidados colectivos: «¿Está mejorcita tu madre?».

Y en una de sus esquinas, en la frontera con la Sanidad Pública, su cole: el Fermín Salvochea. Un centro que tendrá numerosas mejoras para dignificar y hacer mejores los patios donde se desarrolla la infancia: una cubierta en la pista deportiva, escaleras para ganar en accesibilidad, árboles, eficiencia energética y plantas fotovoltaicas. Aunque faltan detalles. Por ejemplo, un camino seguro para los escolares cuando salen de las aulas: «Un paso peatonal elevado y pivotes que controlen las horas puntas, con eso nos vale», explican desde la AMPA.

Loreto, donde la inversión primera con el nuevo Gobierno municipal vino acompañada de una mejora integral de las redes de abastecimientos.

Porque el agua es un derecho. Porque con el agua no se especula.

¿Y ahora? Ahora se abre un nuevo camino. Mientras espera la promesa eterna del hospital, las obras de los viejos depósitos de tabaco comienzan a ser una realidad como espacio dinamizador. Porque Loreto ampliará sus límites. Primero hasta el Cerro del Moro con la apertura de unas enormes naves que vivían de espalda a la ciudad. También con la extensión de sus límites a través de las viviendas que se construirán en Navalips y colindarán con la Zona Franca. Y, por supuesto, con la necesidad de proteger lo que ya existe. De ahí que sea fundamental una obra estructural en la Plaza de la Aviación que evite los charcos los días de lluvia. «Esto es un sitio de paso y hay que arreglarlo.» Y así se hará.

Porque Loreto derribó sus muros para dejar de ser gueto, amplió sus fronteras para abrirse a la ciudad y recibió a los paisanos que tuvieron que emigrar en anteriores y a nuevas generaciones. Y, pese a ello, pese a todo lo que anduvo y caminó. Pese a todo los pasos que aún continúa dando, Loreto, barrio de medio siglo de historia y de historias, nunca dejó de ser Loreto. De ser y sentirse barrio.

PASEO MARÍTIMO

El Paseo de toda la gente

Cuando los veranos eran infinitos, las tardes siempre comenzaban y acababan en la playa. En un Paseo Marítimo desde el que se asomaba un desierto de arena blanca, de litoral interminable y un color de piel que hablaba de la libertad sincera y sentida como propia. No siempre fue así. No siempre el Paseo, nuestro Paseo, tuvo la imagen de los veranos sin horizonte. En otra época, allá por los 50, aquel reducto de igualdad, porque no existe nada más igualitario que las playas de nuestra ciudad, se dividía por clases y casetas. Más de 14.000 pesetas con ducha, en torno a 10.000 de mampostería simple, unas 7.000 las simples y nada para quien no pudiera pagar.

Santa María y la Victoria se dividían por clases. Idea propia de un José León de Carranza obsesionado por la división social. Sin embargo, la llegada de la Democracia trajo consigo el final de la privatización de esos espacios, no sin

polémicas, y unas playas con una imagen más parecida a la que conocemos hoy en día.

Este es el Paseo Marítimo: Catedral a un fondo, el Chato al otro. Piedras y murallas en Santa María. Victoria de Estatua Gades y el Tío de la Tiza. La vida que se abre paso en primavera, la efervescencia del verano, la resaca del otoño y la nostalgia del invierno. Un Paseo que, a diferencia de otros, construye ciudad y es un espacio de la gente cada uno de los días del año. Deporte, convivencia y estancia.

Hoy, el Paseo es un lugar aún más habitable que hace ocho años y se ha convertido en epicentro de las fiestas y la cultura. Una evolución completa desde una Plaza de la Estrella pública –que el gobierno del PP intentó privatizar sin éxito por la oposición popular–, hasta una Cortadura peatonalizada y accesible pese a las piedras en las ruedas de la derecha. Un Paseo con balaustrada de cristal que aumenta la protección y alegra la mirada. Un Paseo más amplio por Santa María, donde conviven peatones, bicicletas y fuentes de agua. En un ejemplo envidiable de armonía. Un Paseo Marítimo de calistenia a la altura de la calle Brasil, con el nombre de Ana Orantes, con un nuevo hotel donde entraron a trabajar treinta

gaditanos y gaditanas gracias a las políticas municipales de empleo. Un paseo sin obstáculos arquitectónicos, lleno de felicidad en esa parte más allá del hotel Playa que antes sufría el olvido.

Hoy el Paseo es más bonito en lo visible, pero también en su interior porque se han renovado todas las redes de abastecimiento. Hoy, el Paseo Marítimo conserva en plenitud la protección del espacio público, el que es de todas y todos, por encima de las privatizaciones. Convive con el descanso y las celebraciones señaladas, se siente espacio de los gaditanos y gaditanas.

Pero queda, queda que la Junta se haga cargo de la obra de colector de Santa María, un espacio de riesgo y que hace inutilizable la escalera de caracol. La clausura del cementerio y la creación de un bosque urbano para dotar de verde un lugar que carece de estas zonas, aunque ya se ha comenzado con la plantación de árboles. «Y más parques infantiles, zonas de envejecimiento activo y, sobre todo, que se cuiden las poquitas plazas que tenemos para combatir la soledad», cuenta Flor Muro, representante vecinal y con una vocación inquebrantable por lo común. Además, sueñan las mujeres de Muñoz Arenillas con una exposición de grafitis en la recién estrenada calle

Adela del Moral: «Es un atractivo y una forma de arte para pintores de Cádiz».

También necesita una imagen renovada de forma integral, que actualice y se adapte a estos tiempos. Se hará. Porque el Paseo Marítimo, el de los duros antiguos, es el Paseo de toda una ciudad, del que presumen los gaditanos y gaditanas de cada rincón y cada barrio, que sienten como propio, que sienten como suyo, que conquistó su vocación pública, de todas y todos, y que nunca más la perderá.

EL MENTIDERO

Punto de encuentro entre su cruz
y el cante

«En el Barrio del Mentidero, las tabernas profundas y el cante», escribió Quiñones en un verso. Este es el Mentidero: una plaza rectangular como epicentro que preside una fuente, bares y comercios diversos en sus laterales. Vida en sus bancos y gente que se concentra en torno a la conversación. Sus costados lo limitan la Alameda y el Falla. En tierra, Mina y San Antonio. Mientras que el Parque Genovés marca su frontera antes de llegar al Atlántico. El Mentidero, zona de viejos huertos antes de su construcción en el siglo XVIII. El Mentidero que huele a tinta y papel desde la calle Ceballos, linotipias, máquinas de escribir, fotos en sepia y la vieja redacción del *Diario de Cádiz*. El Mentidero, donde impusieron una cruz, La Cruz de la Verdad. La desafió la gente que la rebautizó como La Cruz de la Mentira, por el charloteo constantes, la información difundida

y las medias verdades y, para quedar en punto muerto, se quedó por siempre con el nombre del Mentidero. Hay lugares de paso. Este es de estancia.

Es estancia su farmacia, abierta desde hace 187 años. Es de estancia para sus vecinos y vecinas que cuentan con orgullo que aquello era punto de encuentro para hombres con sombreros, que contaban noticias y fábulas. Faroleo y cotilleos. Aquella costumbre sobrevivió a las décadas y aún hoy en las tardes de inviernos y las noches de verano, la gente del Mentidero sigue reuniéndose en torno a la charla. Y fue de estancia también para uno de sus vecinos más ilustres: el Beni de Cádiz, al que dieron por muerto una vez en los periódicos de Madrid y la única realidad eRA que se encontraba refugiándose en su barrio. El barrio que lo vio nacer y hoy lleva con orgullo su nombre en una calle.

El Mentidero sobrevivió a un aparatoso incendio de su droguería en la década de los 60. Aún lo recuerdan. También a la droga, al abandono de la plaza, al despilfarro innecesario de dinero público que debía invertirse en la dinamización del barrio pero, en su lugar, se construyó una pérgola obsoleta de millones de euros. Y, por suerte, al

último problema del que alertaban: las viviendas turísticas que expulsaban a las familias. Por eso, fue una de las zonas donde más se celebró --junto a La Viña-- la ordenanza que regula la turistificación.

Lo ha hecho gracias a un tejido vecinal que es referencia. Capaz de encabezar la organización de fiestas en Carnavales, cabalgata en Navidad, fútbol y deporte para sus niños y niñas, así como diferentes actividades desde cruces de mayo, juanillos, baile y pintura. Ya están dándole vueltas a las siguientes iniciativas.

También se ha respondido a demandas como la necesidad de que su cole público, el Carlos III, tuviera un camino seguro a la entrada y salida de las clases. O las obras de mejora de las canalizaciones de toda la red de suministro del barrio, el nombre de la calle para el Beni, la zona de skate en Santa Bárbara o el Parque Canino. Además del nuevo Teatro del Parque que llenará de vida la primavera y los veranos del barrio.

Aun así, queda. Quedan pendientes dos proyectos fundamentales: Valcárcel como facultad de Educación y la recuperación del Casino Gaditano con una vocación pública y de barrio. Lugares

que se complementarían con la peatonalización completa de la plaza y algún parque infantil en uno de sus espacios colectivos. Así lo sugiere el tan activo tejido vecinal.

El Mentidero. Dos pulmones verdes. Balcones al Atlántico. Mirada a la Bahía. Teatro del cante y la irreverencia popular. Y plazas donde se desarrolla la infancia, se crece y se hace en torno a lo colectivo y lo común. En una sociedad donde cada vez es más difícil ver a los niños en la calle, este barrio presume de tres plazas donde no hay tarde sin que se escuchen las carcajadas limpias e infantiles. Hay lugares en el mundo, muchos, que son de paso. En el Mentidero es obligatorio pararse.

PUNTALES

Donde asoma la ciudad

En el sur de una ciudad al sur se extiende una lengua de tierra donde habita uno de los barrios más antiguos y más identitarios de Cádiz: Puntales. Antes una isla urbana separada del centro por casi cuatro kilómetros sin poblar de un pasado no muy lejano. Presidido, como París, por una torre de hierro. Puntales, entre militar, industrial y marinero. En sus entrañas y en sus raíces se encuentran enormes puntales de madera que encallan en las tierras arenosas para poder construir los hogares. De ahí su nombre. Si su símbolo que se alza sobre su castillo recuerda a París, su arquitectura originaria evoca Venecia. Barrio de Puntales con siglos de historia e historias. Asedio pirata, entrada de barcos de cada confín del mundo, Guerra de Independencia y Revolución Industrial. Y pese a todo lo vivido, conserva intacta su esencia.

Cuentan que nació en la mitad del siglo XVI.
En torno a la construcción del Castillo de San

Lorenzo. A su alrededor se crearon huertas y hogares para vigilar la obra. Aquel primer asentamiento provisional, tan alejado de la ciudad originaria, fue para siempre, se amplió con casitas de pescadores y creció poco a poco en el paso de los años. Aunque no fue hasta la pasada década de los 50 y los 60 cuando Puntales empezó a reconocerse tal y como es hoy en día. Una trama urbana que creció empujada por la implantación de fábricas, la Central Termoeléctrica, los terrenos aeronáuticos, las viviendas protegidas y un tejido vecinal y asociativo que pronto se unió para reivindicar mejoras para el barrio. Ese Puntales, el del olor fabril, dotó de identidad obrera, humilde y currante. Una identidad en torno a una plaza pública donde se detiene el tiempo y la gente. Una identidad que tiene su máximo exponente en un dirigente vecinal tan admirable, querido, comprometido y luchador como José Manuel Hesle, que actualmente tiene un paseo junto al Atlántico con su nombre en esa zona de Cádiz por la que tanto se sacrificó y antepuso su bienestar.

Puntales. De deporte en el Campillo, de madrugadas largas de verano en San Lorenzo, de su Fiesta de los Cañones, sus recreaciones históricas, de unos vecinos que saludan por el

nombre, de buenos amigos en torno a un balón, de Mati, Adri o Parralo, de una gente que se reconoce, que es abierta, hospitalaria y gaditana. «Somos el primer pueblo de Cádiz», dicen entre guasa y orgullo. Puntales de barquillas en el mar de la Bahía, de levante con fuerza y una ciudad que se asoma desde sus fortalezas y balaustradas. Puntales que hoy es indudablemente un barrio mejor que hace ocho años. Se ha transformado por completo gracias a una apuesta decidida por el entorno. La remodelación completa del frontal que da al mar, la creación de dos espacios verdes, la reorganización de Bajeles, un tramo de carril bici, el nuevo alumbrado público, un huerto urbano, rutas turísticas que cuentan su pasado y la creación de espacios amables con árboles, bancos y fuentes. Puntales, como dicen los vecinos, es un barrio mucho más habitable, amable y sostenible. Puntales está para fotografiarse, por eso hay dos puntos concretos donde autoretratarse con el teléfono móvil.

Pese a ello, quedan proyectos que se complementarán en un breve periodo de tiempo. Entre ellos, un parque infantil, la urbanización de la calle Dársena, un punto de información turística que explique todo lo que Puntales fue

y es, la pasarela que se adentrará en el mar desde el Paseo Marítimo José Manuel Hesle y el arreglo del Campillo. Además de que la Junta apueste de una vez por el barrio y, en el solar que le pertenece y se encuentra sin contenido, opte por la construcción de viviendas en régimen de alquiler social para la gente joven. Si depende del tejido vecinal, seguro que lo hará. Porque lo han demostrado y han peleado cada centímetro de Puntales. Tarde de primavera. Se deja sentir el levante. Hasta aquí llegaba el agua cuando botaban un barco, cuentan mientras señalan una calle de cemento. Se detiene un autobús de línea en dirección al Centro. En los orígenes del barrio bajar a Cádiz era casi una aventura. Ha cambiado Puntales. Sobreviviendo a siglos y guerras. Y sin embargo, y pese a todo, sigue siendo el mismo lugar de tierra arenosa desde donde se abrió a la ciudad y a la vida.

LA LAGUNA

Entre música y pintura

«Mi barrio es un continente donde cada calle es como una frontera que sin aduana lleva hasta la playa a los niños descalzos.» Podría comenzar explicando que otrora, en otro siglo de esta ciudad, el barrio de La Laguna era un campo de tiro que convivía con una vaquería de buena leche. Que se le conoce como Laguna por acoger el punto más bajo de la ciudad, justo donde hoy se alza el estadio Nuevo Mirandilla. Ahí, se acumulaba el agua de la lluvia, que no podía salir de forma natural porque se quedaba atrapada entre la vía del tren y la carretera. Por eso, su bautizo. Podría comenzar mencionando nombres propios de apellidos compuestos y burgueses que hicieron allí sus huertos: Servando Martínez del Cerro Acaso, Elena Gómez-Pablos y Aramburu o Simón Bruzón Gallén, familias de relumbrón que vendieron sus terrenos a promotores cuando comenzaron a recalificarse y revalorizarse para construir allí los enormes edificios que lo

conforman. Sin embargo, cuando hablo de La Laguna prefiero empezar con los versos que una noche de final de Falla le cantó Juan Carlos Aragón a su barrio.

La Laguna tiene entre sus calles los nombres de 19 pintores. También el nombre de Manuel de Falla en una Escuela de Idiomas que antes fue un colegio y que cerró en esa cruzada permanente de la Junta (ya sea del PSOE o del PP) contra los centros públicos de la ciudad. En su plaza principal, además, convive un mural de sus vecinos Andy y Lucas. También lo son Kiko y Shara. Y, tras muchos años de lucha, un centro de salud para uno de los distritos más poblados de Europa que aumenta aún más su población en los meses de calor.

La Laguna. Una plazoleta, Pintor Clemente de Torres, que se tiñe de amarillo cada dos semanas. La Laguna. Y un estadio hasta el que peregrinan fieles los cadistas desde que se mudara allí en la mitad del pasado siglo el equipo de una ciudad. La pasión. Música, pintura y fútbol. La Laguna en los domingos largos y desesperanzadores de Segunda B. La Laguna en las noches interminables y felices de liguillas, ascensos y permanencias.

La Laguna de los bares cotidianos, del comercio local, de las tiendas de cercanía, de fronteras marcadas entre dos avenidas. La Laguna. Plaza de Reina Sofía de vecinas a la fresquita. La Laguna de los Bruzones. La Laguna del Bidón, centro neurológico de lo colectivo, espacio de dinamización que, con mucho esfuerzo y pese a las dificultades burocráticas, se ha conseguido recuperar para su gente. La Laguna de cuestras a su entrada y su salida. La Laguna y la necesidad de cumplir una reivindicación tan histórica como justa: una parada de bus.

La Laguna que ya no mira con miedo las trombas de agua que inundaban sus carreteras y aceras. Y que provocaba que, con mucha guasa, se fotografiara alguno con una moto acuática para denunciar la desgracia mientras se derrochaba el dinero de la empresa municipal que debía encargarse del saneamiento. La Laguna que contará en la Plaza del Telegrafía con un espacio de deportes urbanos, al aire libre: calistenia, *parkour*, gimnasia de mantenimiento y *skate*. Así como la mejora y el refuerzo de sus parques infantiles y de envejecimiento activo. La Laguna con un nuevo alumbrado público, con espacios sostenibles, de convivencia y refuerzo del

transporte público. Y una biblioteca, que ya está proyectada, en los nuevos Depósitos de Tabaco.

«Mi barrio es gaditano, con traje de verano», seguían los versos. Mientras el autor de Los Ángeles Caídos prometía amor eterno a su barrio. No hizo falta que volviera, como prometió en la letra, porque desde aquella madrugada de febrero para Cádiz, para sus vecinos y vecinas, nunca se fue de las entrañas y el alma de La Laguna.

CÁDIZ CENTRO

Entre barrios con identidad propia

Hay una zona de Cádiz que se construyó entre los barrios limítrofes. Un espacio fronterizo, de calles, amalgamas, callejones, casas palacios, torreones vigías, escuelas, hogares y vida que marca su final donde otros comienzan su nombre. Es Cádiz Centro. Entre San Carlos, el Pópulo, Santa María, San Juan y el Mentidero. Capaz de albergar una Catedral, una Diputación y un Ayuntamiento. Capaz de acoger infinitas torres miradores que vigilaban los barcos procedentes de los distintos confines del mundo. Capaz de ser, pese a carecer de nombre propio.

Surge con la expansión de la urbe alrededor del XVI y va desarrollando su historia en torno a los gremios y el comercio. El pequeño comercio, el local y el de cercanía. «Esa es la esquina de la óptica El Trébol.» «Ahí fue donde Segundo y Rosita.» «Aquí donde la droguería.» La Camelia,

Café de Levante, Los Dedócratas, el Salón Italiano, El Liba, Rivera, Sepúlveda, Rimada, el Habana o Nicanor, la bodega antigua, el local actual...

Cuando decimos que los vecinos y vecinas que levantan las barajas de los establecimientos de la ciudad cada mañana dotan de identidad y personalidad a su entorno y su ciudad, encontramos como referente a Cádiz Centro. Un Cádiz Centro de calles: San Francisco, Nueva, Isabel la Católica, Ancha, Rosario o Columela. Un Cádiz Centro de plazas: Candelaria, Las Flores, Mina o España. Un Cádiz centro de historia, de resistencia durante el golpe de Estado, de lugares clandestinos, de bares que se convierten en hogar. También de historias: la calle Guantero, que habla del oficio que fue en la Edad Media; la relojería de Francisco Rendón, que se ubicaría en la calle Pelota, o el Cine Gades.

Cádiz Centro, de edificios altos y callejero estrecho. Para combatir los vientos y el calor. Cádiz Centro, cosmopolita y cultural. Mestizaje e idiomas de las diversas orillas del planeta. Resquicios de otros siglos, especialmente el XVIII. Cádiz Centro y el primer concierto público de Manuel de Falla.

Un Cádiz Centro que se adaptó constantemente al mundo, que se reinventó y combina los establecimientos más clásicos con los negocios más modernos en un absoluto ejemplo de convivencia. Un Cádiz Centro que pese a una crisis, una pandemia y una estrategia comercial despiadada de las grandes multinacionales no sólo ha sobrevivido, sino que mantiene el brillo.

Un Cádiz Centro que conquista espacios amables. Que peatonaliza, elimina barreras arquitectónicas y construye para la infancia plazas como la de España, en un cambio absolutamente revulsivo, o Candelaria –en su totalidad– dentro de poco. Que ha frenado con una regulación la proliferación de apartamentos turísticos que especulaba con los hogares y expulsaba a los vecinos. Y un Cádiz Centro que ya no sufre las inundaciones de esquinas como calle Nueva con Cristóbal Colón gracias a la limpieza de los colectores principales que nunca antes, en 80 años, se había hecho, acompañándolo de la renovación de redes de suministro.

Ahora, aspira a más. A la puesta en valor de lugares como la Santa Cueva y diferentes espacios arquitectónicos y patrimoniales que hablan del Cádiz que fuimos. También, la construcción de

sitios amables, la renovación de la luminaria tipo led, más parques infantiles dignos y de envejecimiento activo y, por supuesto, el Instituto Rosario. Un Instituto Rosario que acumula años cerrados en el corazón de Cádiz, que tiene un componente simbólico para la gente que estudió allí y que la Diputación, si en algún momento lo reabre, lo limitará a un inmueble de oficinas.

Porque Cádiz Centro mira al mar con los pies en tierra, porque construye el futuro con su pasado y presente, porque su comercio local es trinchera de cercanía en un universo cada vez más deshumanizado, porque es derecho a ciudad. Porque nació entre barrios, pero blindó su identidad y, aún más, su personalidad.

BAHÍA BLANCA

El barrio que nació para ser distinto

Silencio. Mediodía de un sábado de primavera en Bahía Blanca donde prevalece la calma. El levante sopla a menos y mece las copas de unos árboles que generan sombra en las aceras y el asfalto. Enfrente, presidiendo el barrio, las imponentes Puertas de Tierra. A la derecha la Bahía, el dique, las grúas de los Astilleros en una estampa obrera desde la balaustrada centenaria que cobija y alza a Bahía Blanca. A la izquierda, la calle Acacias –único trájín del entorno– sirve como frontera entre la zona residencial con una de las mayores rentas de la provincia, según el INE, y el resto de la ciudad.

Bahía Blanca nació para ser distinta. Así lo recoge el acta de una sesión plenaria del Ayuntamiento de Cádiz en el año 39. La intención del Consistorio de entonces era convertir la zona de los glacis, descampados por entonces de basura y donde se alojaban familias en exclusión, «en una

elegante ciudad, al estilo de las modernísimas ciudades jardín de otras capitales y otros países». Un barrio moderno de hoteles y con playa propia –playa privada– que pusiera en valor «la hermosísima Puerta de Tierra». Quería el régimen franquista que el acceso a unos de los tramos de Santa María fuera de pago, así como los servicios, con el objetivo de conseguir que los vecinos de la nueva zona que se urbanizaría no se sintieran incómodos con sus paisanos de otra clase «por las condiciones de moral y educacionales así como por la promiscuidad y el abandono de otros elementos menos cultos».

Sin embargo, aquel proyecto de hoteles, bloques de piso «de elevada calidad», chalés en grupos con jardines y unifamiliares aisladas se vio paralizado y atrasado por la explosión que sacudió a la ciudad en 1947. El viejo polvorín de minas no sólo hizo temblar a Cádiz, ni a los centenares de gaditanos cuyas vidas arrebató, sino también a los cimientos y las entrañas del barrio.

Ahí hunde su raíz Bahía Blanca, que se hizo y también se transformó en sus décadas de vida. Sobre todo, en los 70, con la inauguración de un puente en el 69 que provocó que los apellidos más pudientes trasladaran sus hogares a los

residenciales del Puerto de Santa María. Aquel éxodo trajo consigo también el derribo de chalés, el cierre del colegio alemán, y la transformación de uso. Ejemplo de esa adaptación a los tiempos y al fin de las unifamiliares es la guardería Bahía Blanca, donde se escapan de las vallas las carcajadas limpias infantiles de unos pequeños y pequeñas que rompen el silencio del barrio y que son acompañados por unos cuidados impecables en esos primeros compases de existencia.

Y en todo ese tiempo, y en todos esos vaivenes, aparece inalterable en sus 160 años el Instituto Columela. Referente de la ciudad y del mestizaje. Historia viva de Cádiz. Lo sabe Pepe Pettenghi, vecino del barrio, amigo y director del centro durante más de una década.

Porque Bahía Blanca ya no es únicamente aquella ciudad jardín, aquel barrio burgués, ni aquellos apellidos de relumbrón. Ahora, en sus hogares, también conviven funcionarios, trabajadoras, un tejido asociativo que fundó la asociación y una diversidad de negocios y comercios que han peleado para sobrevivir a crisis y pandemia. No ha sido fácil. Muchos, de hecho, se quedaron en el camino.

Bahía Blanca, donde se ha desarrollado el carril bici, se han mejorado las redes de saneamiento, se ha regulado el aparcamiento y ahora exige demandas como un alumbrado mayor y sostenible, un centro de salud, así como la transformación en la zona que colinda con la estación de tren y uno de los fosos de las Puertas de Tierra.

Bahía Blanca. Entrada de acceso al centro, vistas desde sus balcones al océano, viento que mece los árboles y calma. Bahía Blanca. De glaciés que se transformaron, de ensoñaciones, de ciudad jardín. Bahía Blanca de gente que se reivindica, de gente que si se quedó fue, sobre todo, porque quiso.

CERRO DEL MORO

El barrio
al que nunca le regalaron nada

Apenas un kilómetro separa al Paseo Marítimo del Cerro del Moro. Y esos mil metros se convierten en casi un lustro de existencia. Porque una mujer que haya nacido junto al mar tiene una esperanza de vida de casi cinco años más que quien creció entre las fronteras de Alcalde Blázquez y Loreto. Porque el origen determina por más que los guardianes de la desigualdad y el neoliberalismo lancen mensajes con el falso barniz de la meritocracia. Porque existen quienes heredan un porvenir desde la cuna y, sin embargo, a los vecinos de una de las barriadas más noble y excluida de Andalucía nunca le regalaron nada y tuvieron que ganarse a pulso a lo largo de la historia cada aliento de dignidad.

El Cerro del Moro vio la luz entre las décadas de los 50 y los 60. Bajo un yugo franquista que ni siquiera se preocupó de la planificación y la ordenación más básica del barrio. Sin equipamientos, a base de promociones públicas

de viviendas de baja calidad, masificación en los hogares y para realojar a familias procedentes de unas condiciones aún peores que las que ofrecía su nuevo destino. Familias que cargaron con un estigma que tuvieron que eliminar a través de la inquebrantable lucha vecinal. Lo recuerda Maeztu, el Defensor del Pueblo Andaluz, que con apenas 25 años llegó como párroco a unas calles sin pavimentar, con techos de uralita, problemas de droga y desempleo. A una zona con deficiencias en su alcantarillado y sin ningún tipo de mantenimiento y limpieza. Cuenta que para llamar la atención de las administraciones organizó un concurso de ratas y mandaron la foto de los campeones al *Diario*, que la publicó en portada. Una rata enorme de nada menos que dos kilos. A la mañana siguiente fueron a desratizar. Sólo así hacían caso al Cerro del Moro. Sólo así se construyó la historia de este barrio.

Sin embargo, el Cerro del Moro, lejos de los prejuicios de la droga y pese a cargar con una de las tasas más altas de paro, especialmente juvenil, es uno de los rincones del mundo donde más sentido cobra la palabra comunidad. Lo afirma quien creció desde una ventana con vistas al barrio. Lo asegura quien tiene amistades,

compañeros y conocidos que labraron su presente con conciencia y corazón pese a las piedras en el camino. Porque el Cerro, quien lo conoce, sabe que es los currantes y las trabajadoras con la alarma en el despertador antes de que salga el sol. La solidaridad de las amas de casa, los trabajos precarios encadenados de tantos padres y madres que se acostumbraron a madrugadas sin conciliar el sueño por culpa de la incertidumbre. A los abuelos y abuelas que no conocen el descanso.

Porque el Cerro es Amigas al Sur, que surgió en lo más duro de la crisis, cuando golpeó con más violencia y era un privilegio poner un desayuno y un plato de comida encima de la mesa. Y al final, de tanto estrangular los números, de tanto pedir para los demás, de tanto esfuerzo en colectivo, se quedó para siempre, se abrió a otros barrios y se convirtió en ejemplo del tejido social de Cádiz.

Porque el Cerro son las barreras humanas para frenar el desahucio de una vecina a la que le vinieron mal dadas. Y en vez de criminalizar la pobreza en ese discurso del odio tan mentiroso y extendido, la gente se puso delante del portal, se entrelazaron los brazos e impidieron que una familia de niños pequeños se viera en la calle. Porque esa es la verdad del Cerro del Moro.

Donde se han hecho cosas, donde por fin se ha priorizado: carril bici, Depósitos de Tabaco para que la cultura y la alegría llegue a la zona, nuevo alumbrado público, mantenimiento en las redes de suministros, el cambio en Alcalde Blázquez, el protocolo antidesahucios para que no se repitan las imágenes de 2014 y la construcción de la promoción de Setenil, que ya es casi una realidad. Pero quedan promesas por cumplir.

Especialmente dos: el descampado donde durante décadas se espera un hospital y la urgente séptima y octava fase de rehabilitación para paisanos de esta ciudad que sobreviven entre grietas, humedades y miedo por el desprendimiento del techo. Ambas cuestiones pertenecen a una Junta cuyas palabras nunca se traducen en hechos. Lo que pasa que es el Cerro del Moro. Gente humilde, luchadora, honesta y con hambre de presente y de futuro. El Cerro, el barrio desde el que me asomaba desde la ventana de la infancia, las personas que colindan con mi zona de la Curva, mis amigos de tantas tardes de fútbol, los que siguen saludando con un abrazo sincero por mucho tiempo que pase. Y ese barrio, tengan ustedes seguro, no hay presente ni futuro que se les pueda resistir.

SAN JUAN

Entre leyendas y primera puerta al mar

Al este, el barrio más antiguo de Europa, El Pópulo. Al oeste, La Viña. Y, justo enfrente, se extiende el malecón de azul interminable y luz del Campo del Sur. Allí, como refugio de varias calles, se esconde el que quizás sea el barrio más pequeño de Cádiz y el que –sin duda alguna– más leyendas e historias (en plural) guarda su existencia: San Juan. Conocido otrora como el arrabal de Santiago.

San Juan de nombre propio y supervivencia a los siglos. San Juan, refugio de rebeldía, hogar de bandoleros, rincón de resistencia obrera, entrada del océano y taberna del cante. San Juan, de calles serpenteadas, callejones estrechos, fincas antiguas, opuestas, en paralelo, que crecen hasta casi rozarse mientras ocultan el cielo. Espacio de sombras, levante que silba en sus esquinas y vecinos que aguardan. Que se cansan de aguardar. San Juan, donde cobra sentido la

palabra resistencia, donde nunca se apagan sus sueños.

Y es que este pequeño barrio de un puñado de calles y galerías subterráneas posee el honor de albergar el primer puerto de la historia de Cádiz: el puerto fenicio. Se descubrió hace cosa de un año, mientras se recuperaba la mítica Cueva del Pájaro Azul, que fue desde los años 60 hasta mediados de los 80 una taberna que se convirtió en referencia del flamenco. Y allí, mientras se desarrollaban trabajos de excavación se encontraron con el cantil de Gadir del siglo III a.C. Un dique seco excavado en roca natural, donde se construían las naves de guerra de la flota fenicia, referentes concedores del mar, y que tendría un papel fundamental durante el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica. El muelle militar de Gadir. Casi nada.

Estuvo oculto durante décadas, mientras se escuchaban en sus entrañas las gargantas rotas, los quejíos y el duende que tanto sirvió de inspiración a escritores como Quiñones. Por donde pasaron los flamencos de Cádiz y que vio crecer, nada menos, que a Camarón de la Isla. Todo esto aliñado de leyendas de bandoleros y de un subsuelo laberíntico que sirvió como refugio y existencia de contrabandistas.

Y también, el San Juan de la conciencia obrera, de las primeras organizaciones de mujeres trabajadoras. Porque fue allí, en uno de sus locales, donde nació en junio de 1918 la Sociedad de Cigarreras de Cádiz. Un referente de la lucha, de las reivindicaciones laborales y de sindicalistas como Ángela de Castro, que transgredió y rompió barreras de una sociedad opresora y patriarcal.

Hoy, San Juan aguarda su transformación sin perder de vista su importancia estratégica durante el medioevo. Hoy San Juan no se conforma con lo que fue y quiere ser. Quiere ser sin que expulsen a sus vecinos y vecinas, sin que su única salida pase por la turistificación y la sustitución de viviendas con uso turístico en lugar de residencial. Y se han hecho cosas: como la recuperación de la Cueva del Pájaro Azul, la apuesta por el Mercado Central, la modificación del PGOU para blindar el derecho al hogar, la banda de rodaduras del Campo del Sur en el tramo del barrio o la reurbanización de Osorio.

Pero queda. Queda la intervención en infravivienda por parte de la Junta, la puesta en valor del barrio y la construcción, que pronto será una realidad gracias a la inversión del

Ayuntamiento, del solar de Santiago, que tendrá como fin la vivienda pública. Además de uno de los proyectos más ambiciosos de los próximos años: la puesta en valor de Arbolí con las creaciones de la Escuela de Cine y la Escuela de Música.

Se desarrollará porque San Juan, el barrio pequeño, guarda una historia infinita y un futuro aún más grande.

BARRIADA

Las mil viviendas de la paz

Cuenta el tercer tomo de la *Historia Urbana de Cádiz* que José León de Carranza, alcalde fascista, tenía una obsesión urbanística de la que presumía: separar a Cádiz en dos según su clase social. Como línea divisoria la vieja vía del tren. A un lado, los barrios populares. Al otro, en la zona de la playa, la burguesía. De ahí nació la Barriada, la que aún las abuelas y abuelos la siguen llamando las Mil Viviendas por el número de casas que se construyeron en bloques altos de hormigón. Se inauguró en mayo del 68. Es curioso, mientras que el mundo hervía en ansias de revolución, el régimen franquista bautizaba esa parte de Cádiz (ganada al mar a base de hectáreas de relleno) con el nombre de «la Paz» para conmemorar los 25 años de «paz» –y atraso– que la dictadura celebró en el 64 tras vencer al Gobierno legítimo de la República.

Allí, desde el polígono de los Corrales hasta Puntales, fueron realojadas muchas familias

gaditanas que hasta entonces vivían hacinadas en barracones, principalmente en el casco histórico. Familias humildes. Familias depositadas al costado pobre del trazo ferroviario. Familias a las que se le designaban hogares de primera, segunda o tercera categoría, porque hasta en la escasez hay clases.

El tren se soterró acertadamente en esos años que llegaba de Europa dinero público a espuestas y que sirvió para modificar los núcleos urbanos de toda España, pero la línea imaginaria siguió pesando durante décadas. Porque en Cádiz, los gobiernos municipales anteriores continuaron trazando sobre el mapa de la ciudad una recta que separaba los barrios de primera de aquellos de segunda. Y porque en Cádiz, como también en el resto de los territorios, muchas de esas cantidades de subvenciones se derrocharon, se malversaron y se manoseó en vez de destinar cada céntimo a la gente. ¿Cómo seríamos si tantos miles de euros en autobombo y mamotretos hubieran tenido la ciudadanía como fin? No lo sabremos.

El caso es que en la Barriada fueron desapareciendo los jardines y lo verde por el hormigón y el cemento. Fueron desapareciendo

promesas, como la del nuevo hospital, que sigue siendo un enorme descampado tan baldío como la palabra de la Junta. Sigue golpeando el desempleo. Se mira de reojo a la heroína, que tanto daño hizo en los 80. Y, como si fuera una broma macabra del destino, sufren el hacinamiento en muchos domicilios, pues varias generaciones de la misma familia conviven bajo el mismo techo ante la precariedad del trabajo y la vida, según el último informe de la Asociación Pro Derechos Humanos.

Pero en la Barriada tampoco todo es gris. Y ha cambiado desde aquel mayo del 68. También desde que siendo niño, allá por finales de los 90, me acerqué una tarde hasta la Asociación de Vecinos de los Corrales para apuntarme en mi primer equipo de fútbol. Me acuerdo de Jesús, Rafi, Fuli, Caro, Quintero y Estiben, amigos aún hoy a los que el saludo acompaña el abrazo. Me acuerdo de aquellos viernes en el patio de Gadir y como con los años cambié de equipo, pero el destino seguía siendo la Barriada de La Paz y los campos de tierra que se enfangaban con la lluvia en el Complejo Pedro Fernández, primero, y en el Irigoyen después. Las magulladuras, las rodillas ensangrentadas, los botes falsos del balón y la

felicidad de crecer junto a una pelota que se volvía indomable cuando el levante soplabla con cuentas pendientes.

Esa es mi Barriada, la de mis primos, mi tía Meli, el fútbol, el balcón a la Bahía, la humildad, la conciencia de clase y el viento. Esa es la Barriada de la Paz en la que se ha priorizado en los últimos años con cosas sencillas y otras más profundas. Arreglos en sus coles, en el polideportivo, la eliminación de barreras arquitectónicas, el arreglo de sus patios interiores, el carril bici o la nueva pista de atletismo, utilizando el deporte como elemento dinamizador. También, la limpieza integral de todas las tuberías y su principal colector. Algo que no se había hecho nunca y del que se sustrajeron más de 400 kilos de residuos.

Ahora, se van a invertir, íntegramente, cinco millones de euros como gran zona de regeneración urbana.

Pero queda, pero falta. La recuperación del Buenavista que dote de equipamiento a la juventud, más arbolado, mejor iluminación led, más espacios amables y, aunque escape de la competencia municipal, empleo. Una industria verde y sostenible para los Astilleros. Una apuesta

de verdad por nuestra bahía, la que se observa desde la balaustrada donde se asoman las cañas de pescar.

Porque la Barriada le ganó las hectáreas al mar y ya le toca conquistar cada espacio de su presente y su futuro.

SAN SEVERIANO

El barrio que nació de la Explosión

Fue tan fuerte el ruido que todo quedó en silencio. Fue tan oscura la explosión que se vio arder el cielo lleno de colores vivos. Explotó el polvorín de San Severiano en aquella noche de agosto de 1947. Y de la tragedia, del dolor y la necesidad nació después un barrio en el que transcurre con parsimonia la vida. Un barrio de casas bajas, de viviendas pequeñas, de patios interiores limpios, cuidados y donde se acomodan los recuerdos de infancia de quienes habitan los hogares de la zona. San Severiano, de soportales y árboles antiguos. Encallado entre la avenida de Astilleros, la imponente silueta de El Corte Inglés y Guillén Moreno. Ahora, al menos, tiene salida por la avenida Sanidad Pública, que antaño ocupó la vieja vía del tren.

Sus fachadas hablan de décadas de existencia, unas paredes que acogieron el realojo de los vecinos y vecinas que se quedaron sin nada tras el fuego del viejo almacén de minas. Y de

los barracones derruidos y de las fincas con dentelladas por la violencia de la onda expansiva emergió los primeros edificios, de pocos pisos, en un San Severiano en el que asoman los vestigios de aquel acontecimiento histórico como un reto al tiempo y un guiño a la historia.

Hoy, en San Severiano convive el interior del barrio con un exterior de estructuras nuevas, de la reciente urbanización de la comandancia, la apertura de un Mercadona o la circulación en calles recién estrenadas. Ahora, en San Severiano, se intercala el ritmo rápido del exterior, el trajín y las prisas con el silencio de sus patios de vírgenes, bancos, árboles y sombras. Actualmente, San Severiano, cualquier mañana, es una convivencia de las carcajadas juveniles del alumnado de su instituto y la calma mansa de las callejuelas de sus entrañas.

Porque San Severiano se abre a los nuevos tiempos sin perder el anclaje con las décadas de los 50 y los 60. Porque desde San Severiano se ven carteles luminosos que anuncian cadenas de multinacionales y, al mismo tiempo, en un rincón de la calle Enrique Calvo, un jardín protegido por una pequeña valla rosa y cuidado por los vecinos del entorno.

San Severiano, el que recuerdo, de una infancia ligada algunos años a un Centro Berchmans que le daba alma y hoy permanece cerrado. Un espacio que se debe recuperar para que su gente lo transforme en tejido vecinal.

Y que no se quede ahí, porque San Severiano necesita la apuesta decidida de una Junta que sólo se acuerda de su instituto, referente en la provincia, para recortar en escuela pública, también la rehabilitación de un Carmen Jiménez donde sobrevive como puede el tejido asociativo, la apuesta por su zona verde, por un Parque del Ficus que vive de espaldas al barrio, la instalación de zonas infantiles y de convivencia así como la regulación de unos precios de los alquileres que ahogan a quienes apuestan por el comercio local en el barrio.

Se necesita esa apuesta tras operaciones tan necesarias en el barrio y su entorno como la apertura de la avenida transversal, que lo conecta con el otro extremo de la ciudad, el carril bici o la implantación y mejora de su arbolado.

Medidas que seguirán incrementándose con el cuidado diario de un barrio que nació de la herida, que la cerró, que supo curar y crecer sin

olvidar su origen. San Severiano que nació de la explosión e hizo su vida en torno a los cuidados, los patios, la convivencia y los contrastes. Desafiando los límites que le quiso imponer la historia.

TRILLE

Rincones gaditanos y del cante

Como tres pequeñas aldeas, separadas por una carretera estrecha y aisladas del trajín continuo de Extramuros, se esconden Trille, los Porches y Tacita de Plata. Trille, el barrio de los cantes de Cádiz: alegría, siguiirya y mirabrás. El barrio otrora de los laberintos de naves y fábricas, del paso a nivel de la vía del tren, del cine Brunete, y el edificio más antiguo de la zona nueva de Cádiz: Tartessos. Un patio, un espacio lleno de inclusión, diversidad, deporte y convivencia. Donde colectivos como Cardijn dibujan, en este contexto de odio, el modelo de sociedad por el que merece la pena luchar.

Los Porches, edificios enormes de ladrillos desnudos. Una plaza circular en el centro, alzada, donde conviven los juegos, la infancia y las vecinas que se sientan a tomar el fresco. Bares con nombre y apellidos, vecinos que se conocen desde principios de los tiempos, desde que se mudaran

allí, a los imponentes bloques donde conviven las familias. Los Porches, de galería y callejones, de una frontera que marca la avenida de la Sanidad Pública.

Y los patios de la Tacita de Plata. Un remanso de casitas bajas, de pequeñas plazas con vida, de jardines mimados por los vecinos y de rincones coquetos donde se detiene el tiempo y el ritmo frenético al que acostumbran las ciudades.

Y allí, asaltan los recuerdos del viejo asador de pollos, de las noches de agosto en el cine de verano, de la búsqueda de las sombras y el viento en los patios de la Tacita, de los partidos interminables en la pista de la asociación María Auxiliadora y los cinco barcos piratas. Cuentan los vecinos con nostalgia que hay zonas del barrio de Trille que nacieron viejas. Vecinos humildes que fueron realojados en el propio barrio en la década de los 90 ante la situación infravivienda y hacinamiento que sufrían en los hogares.

Sin embargo, aquella reconstrucción, que seleccionó por sorteo a los vecinos que se quedaban en el barrio, mantuvo barreras arquitectónicas que aún hoy exigen –más de tres décadas después– que se eliminen. Así es Trille, de

limpieza impoluta dentro de su patio, de vecinos que conviven y se ayudan, de ropa tendida como recuerdo y presente. De un muro blanco que lo divide, de un sentimiento gaditano, carnalero y flamenco que planta cara a cualquier otra zona de la ciudad.

«Los jóvenes de Trille estamos construyendo algo nuevo», reza en un cartel de una foto de los 80. Y lo construyeron. Hicieron un espacio nuevo, lejos de la depresión, las dificultades y las zancadillas, como el fuerte azote de la droga, que fueron capaces de superar. Algo nuevo como esperanza, algo nuevo como camino, algo nuevo desde el plural y la colectividad.

Porque los Porches, Tacita de Plata y Trille son zonas que se hicieron a sí mismas, que se abrieron a Cádiz sin olvidar ese carácter tan familiar y cercano que aún hoy sobrevuela en el barrio. Porque su identidad se combina con zonas más amables, con un carril bici que vertebraba la zona, con el tráfico calmado que hace más seguro el camino a los coles de la zona y con conciertos de música en plazas como la de Los Porches, lugares donde se negó la cultura y hoy la reivindican, se desarrolla y que vendrá acompañada de más bancos y espacios de convivencia.

Además, ahora, afrontan uno de los proyectos más ambiciosos que se desarrollarán en la ciudad: la transformación urbanística de la Tacita de Plata. Nuevos hogares y lugares inclusivos que disfrutarán no sólo los vecinos y vecinas que conviven allí, sino la totalidad de los gaditanos y gaditanas. Todo esto mientras esperan los vecinos del patio Alegrías de Cádiz que la Junta acometa de una vez las obras que eliminen las barreras arquitectónicas de una vecindad que cada vez necesita más espacios inclusivos, amables y sin tantos escalones.

Así se hará, así se desarrollará en esas aldeas gaditanas que escapan del ruido y el trajín, de esos espacios de amabilidad en una urbe de ritmo frenético, en unas zonas donde los jóvenes un día decidieron construir algo nuevo. Y hoy echen la vista atrás con la mirada limpia de quienes consiguieron lo que un día reivindicaron en un cartel.

SAN CARLOS

La balaustrada sobre el océano

Los despertares en San Carlos tienen el sonido de la infancia. Los pasos acelerados de los niños y las niñas camino de las escuelas y el instituto, las carcajadas blancas y las carreras que chocan contra un suelo de adoquines. San Carlos se despereza con la canción que suena desde el patio del colegio Celestino Mutis, uno de los más antiguos de la ciudad (data de antes del 38), entre los baluartes y las murallas centenarias, con el murmullo del Atlántico que choca de fondo y el olor a viento, a sal y también a pan recién hecho para el desayuno. Los amaneceres de San Carlos son los de una ciudad que sigue conservando el alma.

Cuenta la historia que este barrio armonioso y estético anclado al final de la Alameda nació a finales del siglo XVIII. Un distrito que desarrolló el conde O'Reilly, gobernador de Cádiz por entonces, y que combinó dos necesidades de la época: la defensa de la ciudad y el aumento

poblacional. Y de ahí, surgió San Carlos, hermanado en sus calles con los pueblos de Latinoamérica: Honduras, El Salvador, México o Filipinas. Por eso sus nombres. En una estructura de cuadrículas simétricas que sirvió de base para la primera ordenanza urbanística del municipio.

San Carlos huye del barroco y en sus seis manzanas se agrupan balcones, fachadas y patios de vecinos de corte neoclásico. Y arriba, en las azoteas, donde siempre se desarrolló la existencia verdadera, las torres miradores que se asoman al Atlántico conviven con los antiguos lavaderos en una coronación de los edificios que esconden unas vistas privilegiadas de Cádiz y también de la Bahía.

Y entre las calles estrechas de este barrio centenario se cuentan también las historias que componen los retales de esta ciudad. Los años 80, las primeras noches de movida, los conciertos en la Sala Comix, las madrugadas, que se hacen cortas en los bares de Manuel Rancés y una democracia que se sacude en Cádiz del letargo tras tantos años de opresión. Los lustros que transcurren, las décadas que se superan, la música, el rock, los botellines de cervezas, el suelo pegajoso, el cielo que se abre y así amanece un

nuevo día, a sorbos, en el barrio de San Carlos, que aún guarda trincheras y refugios de noches inolvidables.

Y de otro espíritu rebelde, de los susurros del 15M o la recuperación de Valcárcel y del mismo deseo de romper las normas de un mundo capitalista, individualista y especulador, surgió otro de los proyectos que dieron sentido al barrio: el Centro Social La Higuera. En una finca abandonada, sin uso, un grupo de jóvenes dieron vida a un lugar donde no tenía cabida el odio, donde dibujaban otro modelo de sociedad distinto y donde crecía un árbol, que daba frutos (higos), en su azotea. Aquello, algo extraordinario dentro de lo ordinario y que consiguió la simpatía de todo el barrio, acabó presa del mercado para que allí se montaran, cómo no, apartamentos turísticos.

Sin embargo, pese a la especulación y pese a los años de desahucios, hoy San Carlos es indudablemente un barrio mejor que hace ocho años. Primero porque se frenó la sangría de la pérdida de hogares con la modificación del PGOU para frenar la turistificación. Y, además, porque se ha desarrollado una transformación profunda en sus principales espacios.

La peatonalización de Argüelles, acompañada de bancos y mesas para la creación de espacios amables, la eliminación del tráfico en los alrededores del Celestino Mutis. El nuevo patio del colegio público, acompañado además de la recuperación de varias bóvedas en la calle San Germán. Y, una de las obras más transformadoras de la última década en Cádiz: la recuperación de la Plaza de España. Un espacio seguro, amable, sin coches, que vivía de espaldas a la ciudad y que ahora ha generado un rincón único.

Hoy, San Carlos tiene alma y brilla. Mientras aguarda la integración puerto ciudad y, sobre todo, cuando existe un proyecto sobre la mesa, muy avanzado, para recuperar las bóvedas de San Carlos y dotarlas de contenido junto al tejido asociativo de la ciudad en diferentes iniciativas. Queda poco para ello.

San Carlos, cualquier mañana, la mano de Matías camino de su cole, las filas de personas que desembocan en la nueva Plaza de España y, entonces, se suceden las carreras, las risas y las conversaciones atropelladas de la infancia y la adolescencia. El espectáculo de la vida. En toda su esencia.

EL BALÓN

Un barrio cargado de futuro

Justo donde concluye Gregorio Marañón, se amplía ligeramente la calle formando un espacio cuadrado, no muy grande, en el que se ubican actualmente contadores de luz. Aquella pequeña plaza otrora con árboles, abierta entonces, era el espacio donde los pelotaris jugaban al juego de la pelota. Una especie de pelota vasca en la que se arrojaban la bola no se sabe bien si con una raqueta o una especie de cesta. De aquel deporte, de aquella gente que lo disputó, la plaza se bautizó con el nombre de «el Balón». Un nombre que se extendió a todo un barrio y que vio la luz entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, eso sí, en su origen aquel enclave gaditano era conocido como la Plaza del Huerto de la Tinaja o el Huerto Perdido.

Antes de todo aquello, la zona, que disponía de distintivo militar y se encontraba alejada del resto de la población, servía como depósito de

polvorines. Sin embargo, la presión demográfica de un Cádiz que crecía y extendía sus límites provocó que Torcuato Benjumeda planificara un barrio ubicado entre los rincones de más entidad gaditana. Porque el Balón, además de presumir de barrio, puede presumir de fronteras. Entre el Castillo Santa Catalina, el Parque Genovés, el Teatro Falla o La Viña. En mitad de todo. Y con una historia en constante evolución.

El viejo polvorín, vertedero romano, un teatro de títere, el terreno del juego de la pelota, el primer vuelo en globo sobre el cielo en España, el Campo de las Balas, la vieja plaza de toros (la más peligrosa de España por su estrechez), el antiguo Hospital de Mora, donde mi madre dio a luz a este que escribe por cierto, arrabal de infraviviendas y chabolas en los 70 y también un rincón industrial que acogió numerosas fábricas en la segunda mitad del XIX. Fábricas como la de la Electricidad que trajo consigo que Cádiz se convirtiera en la primera capital del país con alumbrado eléctrico. Ese fue el barrio del Balón, que presume de pasado y se encuentra, sobre todo, cargado de futuro.

Cargado de futuro porque una parte del modelo de ciudad pasa por el barrio del Balón: el cinturón

universitario frente al mar. Y porque entre sus calles se ubican varios colegios públicos donde crece y aprende la infancia y diversas facultades desde Valcárcel hasta Reina Sofía, donde se forman generaciones de jóvenes que sueñan con no tener la necesidad de emigrar.

Un barrio cargado de futuro porque se ha desarrollado con este Ayuntamiento, y en colaboración con otras administraciones como la UCA, el primer edificio inteligente y sostenible en la calle Gregorio Marañón. Un total de 28 viviendas públicas en régimen de alquiler social que cuentan con todas las condiciones de eficiencia energética. Normalmente, un piso de estas características y con el estudio y la inversión previa, sólo estaría al alcance de gente con un alto poder adquisitivo. Pero resulta que la vivienda es un derecho, no un bien de mercado, y que la apuesta de los últimos años en esta materia trae consigo resultados tan vanguardista como este, donde todos los vecinos y vecinas tienen derecho no sólo a cuatro paredes y a un techo, sino a un espacio bonito y digno.

Pronto, además de las viviendas de Gregorio Marañón, desde el Ayuntamiento se cerrará otra herida abierta por la especulación del PP con la

apertura en los próximos meses del Teatro del Parque. Medidas que se suman a la banda de rodaduras, la semipeatonalización del Mora, parque de calistenia, la zona verde, el carril bici, el freno a la turistificación o la dignificación y el arreglo de cada uno de los coles públicos que habitan el barrio del Balón y que disfrutan de un estado mucho mejor que el de hace ocho años.

Sin embargo, el Balón es sin duda uno de los barrios que más ha sufrido el maltrato sistemático de la Junta de Andalucía. Una Junta que sigue sin cumplir la promesa de que Valcárcel se convierta en la Facultad de Ciencias de la Educación, que tiene abandonado un edificio tan emblemático como el de Náuticas y que está dejando morir el Centro de Salud del Olivillo.

Barrio del Balón: el viejo polvorín, la plaza del juego de la pelota, antiguo Hospital de Mora, la Facultad de Ciencias de la Educación, la residencia para estudiantes en Náuticas, noches de verano en el Teatro del Parque y cinturón universitario frente al Atlántico. Ayer, hoy y mañana. Porque si tiene historia y pasado aún más cargado se encuentra de futuro.

SAN JOSÉ

El barrio rebelde de San José

Cuenta el historiador Santiago Moreno que apenas un par de semanas después del golpe de Estado aparecieron dos cuerpos sin vida, con signos de violencia, tendidos sobre los adoquines de la que actualmente es la Plaza de las Viudas. Un conocido que pasaba en aquel momento por allí no tardó en reconocerlos: eran los cadáveres de Crespillo y Warletta, vecinos de San José, represaliados y perseguidos por los golpistas. Componentes ambos, y algunos de sus hijos, de la reivindicativa murga del barrio de Extramuros. Una agrupación que en los meses posteriores fue perseguida, depurada y muchos de sus miembros acabaron asesinados.

Porque San José nunca fue un barrio sumiso. Que se lo cuenten al Cádiz de 1932 en aquel febrero de El Frailazo y sus Tragabuches. Porque San José siempre tuvo clara su trinchera. Que se lo pregunten al ejército franquista, que cuando

llevó a cabo el levantamiento contra el régimen democrático en la ciudad se enteró de que en las afueras, en aquella aldea hortelana y pescadora limítrofe al camposanto y la ermita con el mismo nombre que el barrio, resistía un grupúsculo principalmente de anarquistas que no estaban dispuestos a entregar su libertad.

Ese es San José. O esas, al menos, son sus raíces. Las raíces de un barrio que primero fue de trabajadores de la huerta. Luego, hombres de mar. Y en su última época acogió a los mejores mariscadores, que llegaron a ser considerados verdaderos artistas de las piedras. Barrio obrero. Currantes que en la última mitad del xx combinaban su empleo en el Cádiz industrial de los Astilleros, Tabacalera, el matadero y el muelle con los beneficios que podían arrancar del Atlántico. «Siempre fuimos muy humildes», recuerdan sus vecinas más longevas de aquellos patios de vecinos.

Un enclave que nació a finales del siglo xviii, en torno a la iglesia y las huertas que lo rodeaban. Un enclave de casitas bajas, de un suelo de bolos centenarios, de un cementerio que cerró en el 92 y en el que aún se exhuma la fosa común de las cicatrices abiertas. Un enclave del viejo taller, del

antiguo bar El Último Suspiro (no es necesario explicar el nombre) o de la que fuera una de las carbonerías más conocidas de Cádiz.

San José, alzado sobre la necrópolis púnica. Y en su corazón, en sus entrañas, en lo más significativo de su alma, el patio de los Chinchorros, entre las calles Marqués de Coprani y San Juan Bautista. Allí, en aquel patio que llegó a identificar a un barrio entero, convivían las familias sin pestillos en los portones, con las ollas de puchero en común, de niños descalzos de piel morena de sal y playa, con los lebrillos de zinc llenos de agua y dejados al sol para la hora caliente del baño. Y donde se grabó allá por 1967 la película *El amor brujo*.

Hoy, el barrio de Extramuros es un lugar mejor que hace ocho años, donde el pelotazo del ladrillo provocó que la estampa de la zona la protagonizara un enorme esqueleto de hormigón abandonado. Y rodeado de infravivienda, edificios vacíos, zonas sin urbanizar, un cementerio clausurado sin el más mínimo interés por el cumplimiento de la Memoria Democrática, espacios agresivos y barreras arquitectónicas.

Ahora, San José vive y sueña. En presente y en futuro. Espacios amables para la juventud a la

salida del Instituto Drago, la recuperación para los propietarios –tras la intermediación municipal– del bloque de pisos que quedó a medio hacer, la urbanización de las calles, la creación de una plaza, la exhumación de las fosas comunes donde se está identificando a los vecinos que fueron represaliados, la construcción de hasta 23 viviendas públicas en Marqués de Coprani y uno de los proyectos más ambiciosos para el próximo mandato: el Bosque Urbano de la Memoria. Un pulmón verde frente al mar que genere espacios amables al tiempo que combata la emergencia climática. Todo eso sumado a la implantación de más arbolado, un carril bici y la regulación del aparcamiento. Y que, junto al comercio local de Extramuros, tan necesario, trabajador e identitario, convierten la zona en un enclave particular, propio y único.

Y lo bonito es que San José puede transformarse, pero nunca olvidar sus raíces: rebeldes y comunitarias. Porque San José es el barrio, el enclave, pero sobre todo su gente, las que fueron y las que son. Por eso, cuentan con cariño que cuando muchas de las familias se mudaron y se trasladaron a las construcciones nuevas de Cortadura, no hacía falta decir la procedencia

para identificar a quienes venían de los Chinchorros. Porque esas madres, esas mujeres, nunca echaban el pestillo ni cerraban las puertas de su hogar. Entendía su casa como un espacio común.

CORTADURA

Puerta de la ciudad al continente

«El largo istmo que sirve para que el continente no tenga la desdicha de estar separado de Cádiz» que, como saben, escribió Galdós, empieza –o acaba según se mire– en Cortadura. Puerta de entrada. Puerta de salida del núcleo urbano (que no de Cádiz, que se extiende hasta el río Arillo) con el resto del mundo. Cortadura, un barrio de fortaleza militar concluido justo antes del asedio francés, en 1811, una playa que fue virgen hasta prácticamente los años 80 y 90 y una urbanización que tuvo lugar ya a finales del pasado siglo. La última extensión de Cádiz, dijeron entonces, los límites estirados hasta rozar con uno de los espacios más singulares y con potencial de Cádiz: el Parque Natural de la Bahía, punto fundamental para la transición ecológica tan necesaria en este contexto.

Cortadura es tan joven que aún conserva en la retina sus otras vidas. Aquella cárcel, con su patio,

que se extendía en lo que ahora es el Ciudad de Cádiz desde el 62 al 84. La vieja fábrica de cervezas SKOL, en lo que hoy alberga la Plaza Jerez, y que fue demolida en diciembre del 91. La extinta bolera, el enorme Hiper Cádiz de varias plantas, los primeros edificios con nombres propios: Alfa, PrinciCádiz o Delfines. Y ese terreno de Cádiz, esos cuatro carriles de avenidas que fueron ganados a la arena de la playa.

Cortadura, puerta de entrada. Barrio residencial. Zona dinamizadora. Hoy, Cortadura colinda con el Atlántico, la vía del tren y la Zona Franca. Espacio de deporte y vida desde que las migajas de la Expo de Sevilla trajeran consigo la apertura del mayor polideportivo de la ciudad.

Cortadura, puerta de entrada. Barrio residencial. Zona de vida. Donde la infancia y la adolescencia van de camino cualquier mañana a sus colegios e institutos, donde el parque infantil y la zona de Telegrafía dota de carcajadas y zonas de estancia, donde se construyen los nuevos edificios para los vecinos y vecinas de Cádiz, donde resisten, como una reliquia, como otro mundo que fue, almacenes, fruterías, juguetería, bares familiares, comercio local y tejido de barrio en su máxima expresión.

Hoy, Cortadura tiene cuentas pendientes pese a las numerosas conquistas. El compromiso, por fin, de las siguientes fases de Matadero. La rehabilitación de un Ciudad de Cádiz, haciéndolo sostenible, en el que no se había invertido ni un céntimo desde su apertura; la instalación del tejido social en los bajos del Telegrafía; el carril bici hasta la salida de Cádiz; las inversiones en la Báscula, que ha perfeccionado un espacio referente de la cultura en la ciudad; las mejoras del Tierno Galván, que aspira ahora en convertirse en un cole absolutamente accesible e inclusivo, y también uno de los huertos urbanos de la ciudad.

Cortadura, inversiones en su superficie, inversiones en sus entrañas: como las obras de adecuación y modernización de la Estación de Bombeo de Aguas Residuales, la modernización de la red de suministros o el nuevo depósito de aguas pluviales para evitar los vertidos a la Bahía.

Y lo mejor es que Cortadura está cargada de proyectos: como el de la Plaza del Telegrafía para deportes urbanos al aire libre, calistenia, *parkour*, gimnasia de mantenimiento y *skate*. Proyectos como más vivienda pública en la zona de Matadero, la inversión prioritaria en la lonja, la mejora del alumbrado público y acceso al Instituto

Cortadura. Mejoras necesarias para la vida y el barrio.

Cortadura. Puerta de entrada. Dicen quienes regresan a la ciudad del exilio que cuando atraviesan la fortaleza militar se llenan los pulmones de aire. Es entonces cuando el olor a Cádiz inunda los sentidos y te confirma la vuelta al hogar. Qué privilegio ser el primer encuentro histórico del retornado. Qué privilegio ser punto principal de aquel istmo que describió Galdós.

AVECREM

Un barrio por cicatrizar

Ya había explotado la burbuja inmobiliaria, la crisis comenzaba a notarse y a cebarse sobre la inmensa mayoría de las personas y, sin embargo, en un recorte de prensa, la exalcaldesa de Cádiz y su mano derecha, Teófila y Blas Fernández, aseguraban y prometían en ese enero del 2011 que el Pabellón Portillo, del que sólo quedaba un boquete enorme, víctima de la especulación y el ladrillazo y acumulaba cuatro años de retraso, estaría hecho en once meses. Al mismo tiempo cargaban contra la Junta del PSOE por la promesa incumplida de la Ciudad de la Justicia en el mismo barrio. Hoy, sigue la herida abierta de la instalación deportiva, la Junta –ahora con el Gobierno del PP– sigue sin poner un ladrillo de la Ciudad de la Justicia y, para colmo, el maltrato sistemático de la administración andaluza a la escuela pública ha dejado a la zona sin su colegio público de la Institución y todo lo que conllevaba en cuanto a instalaciones.

Hablamos de un barrio. Barrio del Avecrem para la gente. Barriada de España en su fundación. Hecha en tiempos del franquismo. Iniciada su construcción en el año del 47, tras la explosión del polvorín y para realojar a los vecinos y vecinas de una ciudad que perdieron lo poquito que tenían. Y al dolor, la incertidumbre y el miedo se unió la destrucción del hogar. Barriada de España bautizada para gloria de un régimen que ni siquiera contabilizó las víctimas y las muertes de aquella negligencia de la Armada. Y una calle principal: 18 de julio del 36, fecha de la infamia que fue sustituida por el nombre del poeta Antonio Machado.

Ese es el origen del barrio. La historia de su nombre, en cambio, lleva implícita la carga gaditana. Cuentan que los primeros edificios tenían dos colores, el blanco y el amarillo pollo. Es decir, los mismos colores del Avecrem. Estos tonos sumados al ADN de un barrio humilde y obrero, donde el olor a guiso de las ollas de familia inundaban el mediodía, trajeron consigo un sobrenombre que se quedó y perduró para siempre. Más allá incluso de la nueva imagen, con otros colores, en los edificios que bautizaron al barrio.

El Avecrem, barrio que nació de la tragedia. Barrio que sufrió durante décadas unas fronteras infranqueables. A un lado los cuarteles de Varela, una extensión militar que lo aislaba de la playa y el mar. Al otro, la soterrada vía del tren, que paralizaba su crecimiento y condicionaba la existencia. El Avecrem de entonces, de las extintas casitas bajas que poblaron primero la zona y los bloques de pocas plantas sin ascensor que acompañaron a esas edificaciones. El Avecrem, patios interiores, vecindad, comunidad, bares de toda la vida y la combinación de lo clásico y lo moderno.

Sus limitaciones fueron erradicándose con la evolución urbanística. Sin embargo, es quizás el barrio que más padeció esa España del pelotazo que se encomendó al ladrillo para que unos pocos se llenaran los bolsillos. Y hoy, siguen los solares baldíos y las promesas de lo que pudo ser. Algunas incomprensibles. Porque aquel Portillo de la infancia y la adolescencia nunca debió ser derribado por un PP de chanchulleos y fuegos artificiales.

Por eso, el Avecrem necesita hechos. Hechos como la avenida transversal que lo conecta directamente con el Paseo, el carril bici, la dignificación del

Mercado de Rosario, las viviendas transitorias en Pueblo Gitano, el arreglo de sus plazas interiores, el avance en la operación del solar de las casas bajas o la ordenación del aparcamiento.

Ahora por fin, se ha aprobado el proyecto del nuevo Pabellón Portillo que tiene además partida presupuestaria. En los próximos meses comenzarán, por fin, las ansiadas obras. Proyectos que se suman a las viviendas públicas de García de Sola, así como dotar de hogares accesibles y espacios verdes el solar de Tolosa Latour, un terreno donde la Junta ni está ni se le espera.

Pero son promesas y el Avecrem, con todas sus letras, con su verdadero nombre puesto por la gente y no las instituciones, no cura sus heridas con promesas. Por eso exige: «Me moriré y no veré el Pabellón levantado», dice un vecino cansado de discursos vacíos y con toda la razón del mundo. Pero sí lo verá porque quienes crecimos en torno a su parqué y sus gradas conocemos la importancia, no sólo para el barrio, sino para toda una ciudad que espera el día en que lo que fueron desgarros cicatricen para siempre, se recuerde como un mal sueño alargado demasiado en la noche.

